

## QUÉ “NUEVA EVANGELIZACIÓN” PARA EUROPA

“Quale ‘nuova evangelizzazione’ per l’Europa”. [Editorial].  
*LA CIVILTÀ CATTOLICA*. 3395 (7 dic.1991) 433-445.

Traduce y transcribe: Juan Manuel Díaz Sánchez-  
Instituto Social “León XIII”  
Madrid, mayo 2004

Hemos visto en el Editorial anterior (cfr *LA CIVILTÀ CATÓLICA* 3394 VI (16 nov.1991) 325-336) que la “segunda” evangelización del continente europeo deberá desarrollarse en un clima laico y religiosamente indiferente, en un continente religiosamente pluralista y en un ambiente cultural marcado por tres siglos de crítica áspera a las verdades fundamentales –sean racionales o reveladas- del cristianismo. ¿Qué implica y comporta esto, en lo que afecta al método y al contenido de la segunda evangelización?

\* \* \* \* \*

En un ambiente marcado por el laicismo y por la indiferencia religiosa –en el que, por eso, la religión es “marginal”, se considera inútil y sin importancia si es que además no es nociva y alienante- lo primero que hay que hacer es mostrar que la religión cristiana es una realidad importante, incluso esencial para la vida del hombre, también –y sobre todo- del hombre moderno. Pero se plantea aquí un problema preliminar: cuando se habla de religión cristiana, ¿qué entienden hoy muchos europeos con este término?

La cuestión es delicada, porque el hombre europeo –hablamos, evidentemente, en términos generales- tiene una idea de la religión cristiana que no es exacta, si es que no es equivocada. Para muchos europeos bautizados, que han tenido en los primeros años de vida, alguna instrucción religiosa, pero después se han alejado de la Iglesia (hablando aquí de “Iglesia”, entendemos todas las Iglesias cristianas de Europa), la Iglesia es algo infantil, una bella fábula para niños, que las personas adultas no pueden sostener ciertamente como una cosa seria, de manera que signifique algo para la vida. Especialmente si tales personas han alcanzado un algo grado de cultura y se han convertido en profesionales, estudiosos y hombres de ciencia, encuentran con frecuencia demasiadas dificultades en atribuir valores e importancia a la religión cristiana, que, a sus ojos, es algo mítico (en sentido deteriorado) y legendario.

Otros europeos ven la religión cristiana como simple *folklore*, destinada por eso a desaparecer con el progreso de la civilización. A fijar esta visión del cristianismo contribuyen de manera decisiva los *mass media*, que hacen depender de la religión cristiana esencialmente los aspectos folclóricos, dando, por ejemplo, gran espacio y relieve a las formas –en particular a la más extrañas- de la religiosidad popular. Otros europeos, también, miran a la religión cristiana como un hecho nocivo. Algunos, refiriéndose a la historia, recuerdan que por motivos religiosos han existido entre los pueblos luchas y

guerras sangrientas (las Cruzadas, la guerra de los Treinta Años) y que en nombre de la religión han existido destrucciones, como los *pogrom* contra los hebreos, y discriminaciones, como el encierro de los hebreos en guetos. Otros imputan a la religión cristiana gran parte de la infelicidad humana, acusándola de sexofobia y de “inhumanidad” en sus preceptos morales, o le reprochan haber obstaculizado el pleno desarrollo de las personas, interponiéndose en la libertad o manteniéndolas en un estado de sumisión infantil a un Dios tirano.

Hay, pues, en una parte notable de los europeos de hoy, una “precomprensión” de la religión cristiana, evidentemente falsa, que les hace muy difícil una escucha seria de la propuesta cristiana. El primer trabajo por hacer es, por eso, combatir tal “precomprensión”, mostrando que sólo una grave ignorancia del cristianismo y de sus símbolos puede hacer pensar que esto sea una fábula para niños o simplemente *folklore*; mostrando también que algunos hechos históricos dolorosos no son imputables al cristianismo, sino al modo en el que en ciertas épocas los cristianos lo han interpretado y vivido; mostrando, finalmente, que el cristianismo, rectamente comprendido y vivido en su autenticidad, es instrumento de crecimiento humano y fuente de gozo y de paz.

Se trata, pues, de hacer comprender al hombre de hoy que la religión cristiana es una cosa seria y que, por eso, el discurso religioso se toma en serio sólo como hecho cultural. Es verdaderamente escandaloso que hoy hombres de gran cultura, pero religiosamente analfabetos, tengan del cristianismo –que también ha sido en Europa un hecho de enorme importancia cultural y lo es hoy también- tienen un conocimiento tan escaso que hasta ignora las verdades más elementales y así lo distorsiona hasta suscitar en ellos una inmediata reacción de rechazo. Pero el cristianismo no es sólo, ni tampoco principalmente- un hecho cultural. Este es esencialmente un hecho “vital”. Su valor está en su capacidad de dar sentido a la vida humana, respondiendo a los problemas más graves y más angustiosos del hombre, que son los que miran su ser y su destino, su nacer y su morir.

En realidad, el hombre está asediado por muchos problemas. Algunos son inmediatos y extremadamente apremiantes: el pan diario, el trabajo, la salud, la familia, la casa; otros miran la sociedad en que vive y de la que forma parte: el régimen político, la economía, la justicia social, la paz. Son todos problemas que preocupan al hombre y lo hacen ansioso e inquieto. Existen, además, otros problemas en los que generalmente él no piensa o piensa poco, pero que, en ciertas circunstancias dramáticas de la vida o cuando entra en sí mismo y se interroga sobre el propio destino, lo hacen de manera urgente y angustiosa: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Por qué se sufre y se muere? ¿Acaba todo con la muerte o hay algo después? ¿Qué?

A estos problemas –que el hombre, cuando llega a la total madurez humana y toma plenamente conciencia de sí mismo, siente que son para él los más graves y los más esenciales –el cristianismo da una respuesta, no incierta, ni ambigua, sino clara y segura, porque está fundada no sobre especulaciones humanas, sino sobre la revelación que Dios ha hecho de sí mismo y del destino del hombre.

Así, el primer paso a dar en el largo camino que implica la “nueva” evangelización de Europa es mostrar la importancia “vital” que el cristianismo tiene para cada hombre, pero

sobre todo para el hombre moderno. En efecto, es para este último para quien los problemas de los que se ha hablado se plantean con mayor dramatismo. El hombre del pasado tenía en la fe cristiana algunos “puntos firmes” sobre los que fundar la propia vida. El hecho, pues, de que tales “puntos firmes” fueran generalmente aceptados y socialmente compartidos les daba una solidez especial. Después de que durante algunos siglos se ha ocupado en destruir, uno tras otro, aquellos puntos firmes y después que el conjunto de la sociedad se ha hecho escéptico, el hombre moderno tiene que afrontar los problemas del sentido de la vida y del propio destino, completamente desarmado y en la más grande incertidumbre. A veces le demanda solución a la ciencia, que no es capaz de darla, porque tales problemas son de naturaleza metafísica y espiritual y, por tanto, fuera del ámbito y de la competencia propia de la ciencia.

El hombre occidental –observaba Juan Pablo II el 11 de octubre de 1985- “quiere recibir sólo de la propia razón autónoma los fines, los valores y los significados de su vida y de su actividad, pero se encuentra con frecuencia andando a tientas en la oscuridad de las certezas metafísicas, de los fines últimos y de los puntos seguros de referencia ética. Este hombre, que se querría tan adulto, maduro, libre, y también un hombre que huye de la libertad para adaptarse en el conformismo, es un hombre que sufre la soledad, está amenazado por diversas inquietudes del alma, busca eliminar la muerte y está en una pavorosa pérdida de esperanza [...]. El crepúsculo de las ideologías, la erosión de la confianza en la capacidad del hombre, la insatisfacción de una existencia fundada sobre lo efímero, la soledad de las grandes ciudades masificadas, la juventud abandonada a sí misma y el mismo nihilismo han cavado [en él] un vacío profundo” (Alocución al VI Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VIII/2 [1985], 917 s).

El hombre europeo, en el que distintas investigaciones sociológicas revelan la existencia de una insospechada, aunque a veces comprendida y sufrida, pregunta sobre valores religiosos y sobre el sentido de la vida, “puede”, pues, prestar seriamente oído a la propuesta cristiana, que le sea presentada como la solución más verdadera y más profunda al problema del sentido de la vida.

“Puede”, hemos dicho; pero no es, en efecto, seguro, que lo haga, en la situación concreta en la que se encuentra. En efecto, para poder prestar una atención seria a la propuesta cristiana, es necesario que durante algún tiempo él saque fuera los problemas, siempre apremiantes, de la vida diaria, entre en sí mismo, refleje seriamente y se interroge y con calma sobre sí mismo y sobre su propio destino de hombre. Pero, en el mundo moderno, en efecto, es el haber abolido el silencio y, por eso, haber disminuido fuertemente la capacidad de reflexión y de concentración, necesaria para darse cuenta que, por encima de los problemas más inmediatos de la vida, existen otros -de orden espiritual- mucho más graves e importantes. Difícilmente el hombre de hoy se atreve a salir del ambiente que lo circunda y del ritmo frenético que le imponen las mil cosas que hacer, para concederse una pausa de silencio y de reflexión y ponerse frente a sí mismo y, así, tener la posibilidad de interrogarse sobre el sentido de la propia vida. Él vive permanente “fuera de sí”.

Pero hay más: el actual modelo de vida consumista, que cierra al hombre en la rueda del “consumir más para producir más” y “producir más para consumir más”, tiende a estimular

hasta el infinito las necesidades materiales del hombre y a saturarlo de bienes hasta el punto de apagar en él exigencias y problemas que no sean de orden material. Sucede entonces que, para muchas personas de nuestro tiempo, los problemas y los interrogantes de orden espiritual y religioso ya no se plantean. En tales condiciones es muy difícil que se preste atención y escucha al discurso religioso. Con esto no pretendemos evidentemente condenar el bienestar, alcanzado, además, por una pequeña parte de la humanidad y querido por Dios para todos los hombres. Queremos sólo subrayar el peligro que la degeneración consumista implica para la vida espiritual, moral y religiosa del hombre y por tanto para su bienestar, que no es- y no puede ser- sólo de orden material y temporal.

Para que hoy se pueda hacer un discurso sobre la fe es necesario, mucho más que en el pasado, crear espacios y lugares de silencio y tiempos de reflexión para poder entrar en sí mismos y encontrar a Dios. Es efectivamente “dentro” del hombre donde habita Dios – *In interiore habitat Veritas* (San Agustín, *De vera religione*, 72, 202)- y es ahí donde, en el silencio y en la calma interior, se puede escuchar, y por eso es ahí donde es necesario buscarlo. ¿Por qué no utilizar para eso los monasterios, las abadías, los conventos, las casas y los lugares de retiro y de plegaria que se extienden por toda Europa, durante tiempos más o menos largos de reflexión, de recogimiento y de plegaria, también por personas alejadas de la Iglesia o que practican escasamente y que, además, desean tener un espacio de silencio y de reflexión sobre problemas espirituales y religiosos?

\* \* \* \* \*

Suscitar el interés por el cristianismo es pues lo primero que hay que hacer en el trabajo de la “nueva” evangelización de Europa. Eso implica una presentación fuertemente positiva del mensaje cristiano. Este es un mensaje de gozo y de salvación. Pero a muchos hombres de nuestro tiempo aparece lo que era a los ojos de B. de Spinoza: una *torva et tristis superstitio* (*Ethica*, IV, prop. 45, sch.). Para lograr esta idea y reforzarla en el ánimo de muchas personas de nuestro tiempo se ha dado principalmente una presentación del cristianismo que, partiendo de una concepción pesimista del hombre y del mundo, ha insistido sobre ciertos aspectos del cristianismo sin relacionarlos con otros y, sobre todo, sin insertarlos en la totalidad del mensaje cristiano. Especialmente la predicación cristiana popular ha puesto fuertemente el acento sobre la justicia de Dios, juez inexorable que castiga al pecador impenitente con el infierno eterno, creando sensaciones de ansia, de miedo, de angustia. No ha insistido, en cambio, con mayor fuerza sobre el hecho de que Dios es Padre y ha creado al hombre para elevarlo a la dignidad de hijo suyo y hacerlo partícipe de su infinita felicidad, que el amor de Dios ha redimido al hombre del pecado y lo ha vuelto a hacer una criatura nueva en Cristo; que, si en la historia humana ha abundado el pecado, ha sobreabundado la gracia redentora de Disto Salvador. No ha destacado con más relieve el hecho de que la naturaleza humana ha sido ciertamente herida por el pecado, pero viene purificada, renovada y elevada por la gracia de Dios y que en Cristo –el Hombre nuevo-, el hombre, incluso en su pequeñez y pobreza, se hace “más hombre”: más libre, más humilde, más puro, más caritativo y abierto a los otros, más pacífico; que la donación que Dios, en la persona de Jesucristo, hace de sí mismo al hombre, es para este fuente de libertad, de gozo y de esperanza. Esperanza de vencer a la muerte, que en la historia humana, tan trágica y oscura, la última palabra será de Dios, de su amor y de su designio de salvación no sólo para el hombre, sino para toda la creación: “La creación misma espera con impaciencia que Dios descorra el velo de la gloria de sus hijos. Condenada al fracaso, no

porque ella lo quisiera, sino porque Dios así lo dispuso, la creación abriga la esperanza de compartir, libre de toda corrupción, la espléndida libertad de los hijos de Dios” (Rom, 8, 19-21).

Además es necesario darse cuenta que también la presentación más positiva del mensaje cristiano puede no suscitar interés en muchas personas de nuestro tiempo. En realidad la indiferencia religiosa de hoy –que no en vano está acompañada de una aversión más o menos fuerte a la religión- no se funda sólo en el conocimiento escaso o distorsionado que se tiene del cristianismo. Su raíz más profunda está en el materialismo que impregna a tan gran parte del pensamiento y de la existencia del hombre de nuestro tiempo. Invasado por los *mass media* con una insistencia a la que no se puede escapar, se cierra al hombre a los valores y a los intereses espirituales y religiosos, levantando alrededor suyo un muro que lo hace insensible e impermeable a todo lo que está más allá del gozo sensible y de los intereses materiales.

Desde este punto de vista no hay que infravalorar la carga antirreligiosa y anticristiana que tiene la obsesiva erotización del mundo moderno, que ha alcanzado hoy límites exasperados. Esta no es religiosamente neutra o indiferente, sino que es un grave obstáculo a la apertura de las personas al problema religioso. Si nos damos cuenta adecuadamente de este hecho, tenemos que deplorar la actual extensión de la pornografía y del erotismo bajo las más diversas formas y el permisivismo sexual, sobre todo entre los jóvenes, sin ver en ellas, por una parte, uno de los mayores obstáculos a la nueva evangelización del continente europeo y, por otra, uno de los frutos de la escasa presencia del sentido cristiano de la sexualidad, que no es motivo de condena sino de valoración. En realidad para la moral cristiana la sexualidad humana alcanza su verdadero sentido y su plena dignidad cuando es liberada de la violencia de la pura instintividad y es insertada, como señal y expresión de amor, en el don de sí mismo que dos personas se hacen recíprocamente.

\* \* \* \* \*

Hemos destacado anteriormente que Europa hoy, bajo el aspecto religioso, es un continente pluralista: ¿Qué implica este hecho para la evangelización?

El pluralismo religioso significa que en una determinada área geográfica no hay una religión que esté ante las demás en una situación de privilegio para ser protegida por el Estado o por el hecho de que sea practicada por la casi totalidad de la población, sino que hay una pluralidad de religiones que se encuentran legalmente bajo el mismo plano y tienen iguales derechos a hacer propaganda y difusión y a cumplir sus prácticas rituales o de otro género, que no sean contrarias a las leyes vigentes en esa área. Por tanto, en virtud del pluralismo religioso existente en Europa, el cristianismo no se encuentra ya en la situación de privilegio de la que gozaba en el pasado sino que es una religión entre las otras y en el mismo plano que las demás. Ciertamente eso puede favorecer una difusión mucho mayor que todas las demás religiones presentes en el continente europeo, pero con motivo de los principios de democracia, de laicidad y de libertad que gobiernan todos los Estados europeos, el hecho de que el cristianismo sea la religión de la gran mayoría de los europeos no lo coloca en una situación de privilegio respecto a las demás religiones menos extendidas o con un número demasiado pequeño de adheridos.

Especialmente esto puede aportar méritos históricos grandísimo. Si, en efecto, hoy Europa es la que es, lo debe en su mayor parte al cristianismo. Pero tampoco estos grandes méritos históricos confieren al cristianismo una posición de privilegio ni en el plano legal ni tampoco en el plano del aprecio a valores cristianos. En muchos, efectivamente, hay que destacar que el cristianismo ha contribuido a la civilización europea y por eso a la grandeza de Europa. Además –añaden estos- la Europa “moderna”, con sus ideales de libertad, de tolerancia, de pluralismo, de respecto de todas las opiniones y por tanto de las libertades de prensa, de propaganda y de asociación, y con sus estructuras de democracia, del primado de la ley y en consecuencia de soberanía popular, ha nacido contra la Iglesia y en lucha con los principios cristianos profesados por ella. Así que paradójicamente el cristianismo en la Europa moderna se encuentra en una posición desfavorable, mientras que el favor de muchos europeos va hacia otras religiones: ante todo a las orientales, que fascinan por su exotismo o sobre todo por el aura de misticismo que les rodea, y a los nuevos movimientos religiosos que, incluso con un número de adheridos frecuentemente insignificante, ya pululan en el continente europeo. Pero también va al islam que, de hecho, está haciendo un cierto número de prosélitos, especialmente en Francia, donde se han adherido también algunas personas conocidas, como el filósofo R. Garaudy, antes marxista.

Pero aparte de estos puntos destacados, el núcleo del problema consiste en el hecho de que ya Europa –por usar una terminología económica- es, o lo será cada vez más en el futuro, un basto mercado religioso, dominado por la ley de la concurrencia: en donde no hay ninguna religión que goce de la situación de monopolio, y por tanto ninguna está segura de vender sus productos sin estar amenazada por una peligrosa competencia, pero toda religión debe conquistar a sus adeptos, demostrando que es la mejor, es decir, más verdadera y más válida que las demás.

Evidentemente el lenguaje que ahora hemos usado no es el justo, porque las religiones no son mercancías. Pero, a pesar de su inadecuación, nos da una idea de la situación en la que se encuentra hoy el cristianismo en la Europa pluralista: está en una situación no de monopolio ni de posesión pacífica, sino de concurrencia. Por tanto está sometido a una acción de descrédito y de lucha, en el plano cultural, por parte de las demás religiones, y a una tarea de erosión de su consistencia numérica. Pensemos, por ejemplo, en la propaganda anticristiana –y sobre todo anticatólica y anticlerical- que hacen los testigos de Jehová y al notable número de católicos y de protestantes que consiguen atraer. Pensemos en el sutil descrédito que los movimientos gnósticos, exotéricos e iniciáticos arrojan sobre el cristianismo, considerado por estos como una forma inferior de religión, incapaz de elevarse al “verdadero conocimiento” (gnosis), al que sólo unos pocos “elegidos” pueden llegar. Pensemos, por último, en las pretensiones de superioridad sobre el cristianismo, avanzadas tanto por las religiones orientales como por el islam. Así el hinduismo se presenta como una religión “abierta” (y no mezquinamente “exclusivista”, como lo es el cristianismo) y en su universo religioso le deja lugar también a Cristo, que lo considera, junto con Rama y Krishna, como una *avatara* (manifestación de la Divinidad); el budismo exalta la capacidad del hombre para alcanzar con el propio esfuerzo la iluminación y la salvación, sin necesidad de una “gracia” externa a él, que, en cambio, exige el cristianismo, para el que el hombre es radicalmente incapaz de salvarse por sí solo. El islam exalta la pureza de su monoteísmo, echando en cara al cristianismo su “triteísmo” y el error

gravísimo de dar un hijo a Dios, como si Dios pudiera tener un Hijo, cuando Jesús no es nada más que un profeta.

Así que en una situación de pluralismo es por tanto de “politeísmo” religioso y ético (cada uno elige la propia religión y la propia ética) que es ya hoy –pero lo será de manera todavía más amplia en el futuro- la de Europa, la evangelización se encuentra en el deber de hacer las cuentas no sólo con la indiferencia religiosa, que margina al cristianismo, y con el laicismo y con el ateísmo, que lo combaten con violencia, sino también con una multitud de tradiciones y movimientos religiosos, que tienen como su principal adversario al cristianismo y a la Iglesia. Este hecho impone a la evangelización un método particular de anuncio del Evangelio. Por una parte es necesario mostrar la densidad y la profundidad “religiosa” del mensaje cristiano; la alta concepción que este tiene de Dios y del misterio, que no es suprimido sino exaltado por la “humanidad” de Dios, como se manifiesta en la encarnación del *Logos*: la capacidad que tiene el cristianismo de llevar al hombre a una profunda experiencia religiosa que, por una gracia especial de Dios, puede llegar hasta las cimas más altas de la mística. Por otra parte, se deben mostrar tanto la “fecundidad humana” de la fe cristiana, en cuanto que funda, defiende y promueve la dignidad de la persona humana; su liberación del más radical y profunda como es el pecado; su elevación a la filiación divina; como su “fecundidad social”, en cuanto promueve la solidaridad y la fraternidad entre los hombres, la justicia entre las clases y los pueblos y por tanto la paz entre los hombres, la justicia entre las clases y los pueblos y por tanto la paz entre los hombres, aspiración suprema de la humanidad y condición esencial de su desarrollo y de su bienestar material y espiritual.

Está claro además que, en una situación de pluralismo religioso, el anuncio de la fe cristiana no deberá buscar apoyos políticos o legales en partidos políticos que se inspiran en ella ni en legislaciones que le sean favorables. Indudablemente los partidos políticos de inspiración cristiana, como igualmente los partidos cristianos que desarrollan actividad política, deben comprometerse para que –en el campo económico, social, médico y bioético- se formulen leyes que respeten los derechos esenciales y la dignidad de la persona humana (y aquí es apropiado apelar a las “raíces cristianas” de Europa); pero el anuncio cristiano no deberá esperar sacar ventaja ni de la presencia de partidos, de sindicatos y de fuerzas sociales de inspiración cristiana, ni de legislaciones acordes con los principios cristianos. Lo que debe pretender – para sí y para los demás- es la plena libertad religiosa y el respeto para la propia identidad, o sea, que no se usen contra ella las armas de la calumnia, de la falsedad y de la injusta denigración y tampoco favoritismos ni situaciones de privilegio.

En otras palabras, el anuncio evangélico deberá contar sólo con la fuerza de la verdad de la que es portador y con la potencia del Espíritu Santo, y, por tanto, con la gracia de Dios. En realidad el primer anuncio cristiano puso la fuerza no sobre la sabiduría ni sobre el poder humano, sino que únicamente “era el Espíritu con su poder quien convencía” (*1 Cor 2, 4*). Así deberá ser para todo anuncio del Evangelio en la historia humana hasta el fin de los tiempos. Tan celoso de su libertad como es el hombre europeo, también lo es del régimen democrático. Por eso no aceptaría que el anuncio del Evangelio le fuera impuesto con la fuerza del poder o con la potencia del dinero, ni vería con buenos ojos cualquier concesión hecha a la

Iglesia, en la que percibiría un favor o un privilegio y por eso una situación en contraste con la democracia, que exige un trato igual para todos.

\* \* \* \* \*

El hecho de que el anuncio del mensaje cristiano en Europa se desarrolle en un clima de “politeísmo” religioso y ético y de democracia política, implica para la Iglesia la aceptación sincera y leal –y no sólo de manera simulada o porque no se pueda hacer menos- de la “modernidad”, y por tanto la superación del contraste secular entre la Iglesia y el “mundo moderno”. La “modernidad” significa, en primer lugar, la situación histórica que se ha creado con las nuevas ideas y los nuevos horizontes que avanzan desde el Renacimiento, desde la Ciencia nueva, desde el Iluminismo, desde la Revolución Francesa y desde el liberalismo, en el transcurso de cuatro siglos, y que está dirigiéndose a su fin. Por tanto, una situación de postcristiandad, en la que el cristianismo ya no ocupa una posición predominante y las leyes y la vida social no se conforman ya a sus normas, en la que la Iglesia todavía conservaba algún prestigio, pero prácticamente es considerada como una sociedad religiosa con derechos y deberes igual que los demás. Una situación, pues, de “laicidad”, si no es ya de laicismo, en la que los Estados, las instituciones públicas y, en general, todo el modo de vivir son laicos, en el sentido de que, si no siempre consideran adversarios o combaten el hecho religioso, sino de que se han separado y no pretenden influenciar, o lo consideran un hecho privado y públicamente no relevante. Por último, una situación de pluralismo “politeísta”, en donde todas las voces y todas las opiniones pueden hacerse sentir, todas las religiones y todos los proyectos éticos pueden hacerse valer democráticamente, es decir, en virtud no de la “verdad” que expresa, sino del “número” de las personas que la acogen.

En segundo lugar, la “modernidad” significa los “valores” expresados por el mundo moderno: sobre todo las “libertades modernas” (libertad de pensamiento, de imprenta, de asociación, de religión); después, la democracia, la tolerancia, el pluralismo, el respeto a todas las opiniones, el primado de la ley y la igualdad de todos frente a ella, la laicidad del Estado y de las instituciones y la separación entre la esfera civil y la religiosa. Finalmente, la racionalidad científico-técnica, que valora todas las cosas a la luz de la ciencia y mide la licitud del obrar partiendo de que esto es técnicamente factible, además de útil para el individuo.

Aceptar la “modernidad” –aunque con el necesario discernimiento crítico, ¡pues no todo en ella es cristianamente aceptable!- significa para la Iglesia -que en el pasado la ha combatido ásperamente, sin alcanzar a ver lo que de “cristiano” había en ella- anunciar el Evangelio, reconociendo y acogiendo lo que de humana y cristianamente válido hay en los valores del mundo moderno, de manera que se pueda inculturar la fe cristiana y hacerla convincente y accesible al hombre de hoy, que vive en un mundo marcado por la ciencia, por la democracia, por los *mass media*, y por el urbanismo.

En concreto, significa aceptar, sacando ventaja de la mayor libertad y autonomía que ella permite, la condición –ciertamente difícil- en la que se encuentra el cristianismo hoy: la de ser considerada no la única religión verdadera, sino una religión entre las demás. Significa, pues, anunciar el Evangelio en el respeto a la libertad de las personas, presentado como una



propuesta hecha por Dios a la libertad humana, que requiere la adhesión del hombre en base al valor de verdad absoluta que ella representa para él. El anuncio evangélico, por eso, se hace con coraje, pero también con humildad y delicadeza, sin intentos más o menos enmascarados de forzar la libertad de las personas. El autor de la *Primera carta de Pedro* recomendaba a los primeros cristiano –que se encontraban en una situación en ciertos aspectos parecida a la actual-, que estuvieran “dispuestos en todo momento a cualquiera que” les pidiera “razones de la esperanza” que había en ellos, pero que lo hicieran “con dulzura y respeto” (1 Pt 3, 15). Significa también anunciar el Evangelio en el respeto a las demás tradiciones y convicciones religiosas, aunque estas no muestren igual respeto por el cristianismo. Ciertamente es necesario restablecer siempre la verdad y por tanto responder a los ataques injustos; pero eso debe hacerse sin polémica áspera. Por otra parte, el anuncio explícito del Evangelio debe hacerse con espíritu de diálogo con las otras tradiciones religiosas –el “espíritu de Asís”- y debe estar acompañado, en la medida de lo posible, con formas de diálogo interreligioso.

Además, no es necesario infravalorar el hecho de que el anuncio explícito de Jesús como Hijo de Dios y único Salvador de los hombres –en eso consiste la esencia del mensaje cristiano- ha constituido y constituirá siempre el “escándalo”, o sea, la piedra de tropiezo y de dificultad de fondo para el diálogo con otras tradiciones religiosas. Pues es la profesión de la divinidad de Jesús y de su función única en la salvación lo que es considerado por las otras religiones el obstáculo radical al diálogo religioso. Pero evidentemente la Iglesia tiene que confesar su fe en el Señor Jesús, que constituye su identidad

\* \* \* \* \*

Destacando la situación en la que acontece la “nueva evangelización” de Europa, señalábamos en el editorial anterior que esta se desarrolla en un terreno no virgen sino trabajado durante tres siglos por la crítica frecuentemente corrosiva de todo el aparato conceptual del cristianismo. Todas las verdades cristianas –naturales y sobrenaturales, teóricas y prácticas, de orden histórico y metahistórico- han sido criticadas y rechazadas como irracionales o falsas. No es entonces posible hoy un anuncio del mensaje cristiano sin que este vaya justificado ante el tribunal de la razón y el de la historia. Eso implica que las objeciones puestas a la fe cristiana en el terreno de la filosofía, de la moral, de la historia y de la ciencia sean tomadas en serio. Efectivamente, para el hombre moderno, tienen un peso decisivo no sólo en su rechazo del cristianismo sino también en el simple hecho de tomarlo en consideración. De aquí la necesidad de una fundamentación crítica del cristianismo tanto bajo el perfil racional como bajo el aspecto histórico. Es tarea de la apologética cristiana, hoy no muy apreciada por algunos cristianos, si no es radicalmente despreciada y rechazada. Esta además ha acompañado siempre al anuncio del Evangelio desde los primeros tiempos de la Iglesia, como demuestran las obras apologéticas de San Justino, Atenágoras, Tertuliano, Orígenes. Para el medievo basta citar la *Summa contra gentes* de Santo Tomás de Aquino y para los tiempos modernos valga por todos el nombre de J. H. Newman.

Además, hoy muchos cristianos comparten un cierto escepticismo hacia la razón, que forma parte del clima espiritual de nuestro tiempo, y sostienen que se debe anunciar el Evangelio como “pura fe”, aceptarse sobre la sola palabra de Dios y en virtud de la fuente y

pacificadora “experiencia religiosa” a la que conduce a quien se adhiere a ella. Es preciso hacer notar que este clima irracional y fideísta es peligroso para el anuncio del Evangelio. Como ha sido justamente destacado “el sueño de la razón produce monstruos”, y la razón despreciada, se venga antes o después. En realidad la adhesión al Evangelio no es ciertamente la conclusión de un razonamiento puramente racional: no se funda pues sobre la razón humana, sino sobre la Palabra de Dios. Más, para ser sólida, además de la gracia de Dios que tiene en eso un papel preponderante, tal adhesión ha de tener un fundamento racional –o sea, de motivos serios y convincentes para creer- no como causa del acto de fe, sino como ayuda a ser cumplido por personas “humanas”, o sea, dotadas de razón.

Como conclusión de este largo discurso sobre el método y sobre los contenidos de la “segunda evangelización” de Europa, tenemos que recordar que el éxito de este segundo anuncio dependerá mucho de lo que sean la Iglesia y los cristianos, a quienes corresponde hacerlo. La evangelización, pues, implica esencialmente que la Iglesia sea una Iglesia “en oración” y “en escucha contemplativa de la Palabra de Dios”; una Iglesia “convertida”, que “alaba” a Dios por sus maravillas y “confiesa” los pecados de sus hijos; una Iglesia que “da testimonio” del Evangelio con la palabra y con la vida. En realidad sólo un Evangelio “testimoniado” de lo que anuncia es “creíble”. Y aquí se plantea a la Iglesia y a todos los cristianos de hoy el grave problema de la santidad “cristiana”, como precondition indispensable para el anuncio eficaz del Evangelio.

He aquí, pues, que al emprender la “nueva evangelización” de Europa, que las Iglesias europeas deberán interrogarse sobre el testimonio que dan hoy del Evangelio y que estarán en condiciones de dar en el futuro. Dice Juan Pablo II en la citada alocución al VI Simposio de obispos de Europa (Roma, 7-11 de octubre de 1985): “se necesitan heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, que participen en sus alegrías y esperanzas, angustias y tristezas, y al mismo tiempo sean contemplativos enamorados de Dios. Por esto son necesarios nuevos santos. Debemos suplicar al Señor para que crezca el espíritu de santidad de la Iglesia y nos mande nuevos santos para evangelizar Europa” (en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, cit., 918 s).

*LA CIVILTÀ CATTOLICA*